

Alejandro Pinø Alamillo



El Poder de **los Sueños**



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculo rojo.com



Primera edición de El Poder de los Sueños: septiembre 2014

Este capítulo extra pertenece a la obra original de El Poder de los Sueños, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: Editorial Círculo Rojo

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9076-722-1

DEPÓSITO LEGAL: AL 895-2014

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

CAPÍTULO EXTRA

I. ¿Dónde está Érishron?

El péndulo emitió un último brillo antes de apagarse al sumirse en las oscuras entrañas del pozo. Un chapoteo anunció que el regalo de Leire había llegado al final del pozo y se hundía en aquel momento en sus frías aguas.

—¡Nooooo! —gritó Víctor.

—¡Hermanas, que no cese la música!—exclamó Iriash.

Las harpas tronaron, las flautas emitieron sonidos agudos y desagradables, y la música regresó a aquella noche sin luna ni estrellas, regalando una banda sonora al desastroso desenlace. Todo era confuso, Víctor gritaba maldiciones y Ashandra mantenía retenida a Iriash. Érishron se acercó al demonio.

—No, Víctor. No merece la pena—sus músculos estaban en tensión pese a su voz tranquila y cansada—. Yo recuperaré el péndulo. Marchaos de aquí y proteged el cofre.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ashandra con inseguridad.

—Voy a ir a por el péndulo. Me reuniré más adelante con vosotros. Si le sucede algo a mis amigos, no volverás a ver a tu hermanita—amenazó el joven de alas rojas, fulminando con la mirada a Iriash.

—¿Qué quieres decir? —las palabras salieron de los labios de Zarisash, sospechando que hablaban de ella.

—Tú primero—fue lo único que respondió Érishron antes de arrojar a la pequeña criatura al interior del pozo.

Lo último que Érishron escuchó antes de introducirse en el interior del pozo fueron los gritos de espanto de las jóvenes que antes bailaban y reían, y el grito ahogado de Ashandra. Durante unos segundos las dos criaturas cayeron al vacío, adentrándose en una absoluta oscuridad. El agua helada abrazó a Érishron, paralizando cada uno de sus músculos y agarrotando sus enormes alas rojas. Permaneció inmóvil, haciendo lo imposible por no abrir la boca, pidiendo a sus pulmones que aguantaran un poco más. Finalmente tocó el fondo del pozo, el tacto de la piedra comenzó a activar sus extremidades. Con sus últimas reservas de oxígeno apoyó los pies en los guijarros y se impulsó hacia arriba. Cuando su cabeza asomó por encima del agua no había sol ni luna, tanto daría que estuviera ciego, la oscuridad era absoluta.

—¡Idiota! —gritó el eco de Zarisash desde algún lugar—. ¡Nos has condenado!

Avanzó a ciegas por el agua, esperando palpar un muro o pared, pero aquél pozo parecía infinito como la noche. Un brillo llamó la atención de Érishron, algo había emitido algún tipo de luz. De nuevo atisbó un reflejo intermitente que se desplazaba de lugar.

—¿Zarisash?

Hacía rato que un silencio abisal reinaba en aquel pozo. Una vez más aquella luz parpadeó, esta vez más cerca de donde se encontraba el muchacho de alas de mariposa. Algo hacía vibrar las frías aguas del pozo. Un rugido llegó de lo más profundo de aquel lugar. Érishron buscó a tientas algún lugar donde aferrarse, en un gesto instintivo, mientras las aguas se agitaban con violencia. De nuevo un sonido hambriento resonó, una nota larga y grave que quedó suspendida en el aire húmedo. El brillo intermitente de origen desconocido fue adquiriendo intensidad, iluminando poco a poco y en pequeños intervalos de tiempo aquel agobiante espacio. Entonces fue cuando Érishron lo vio: la pequeña Zarisash estaba inmóvil, paralizada por el miedo junto a un ser que se erguía sobre las aguas. Pareció que hasta el oxígeno hubiese dejado de fluir. Una enorme criatura de escamas amarillentas mostraba unos enormes colmillos más amarillos aún a la joven paralizada. Su cuerpo de reptil desaparecía en las oscuras aguas, mostrando tan solo una enorme cabeza en forma de punta de flecha sin ojos, tan solo una peligrosa mandíbula, dos grandes fosas nasales y entre medio de estas un pequeño cuerno que emitía una siniestra luz intermitente. Durante un instante pareció que todos contenían el aliento, aguardando para descubrir quién daría el primer movimiento. Por desgracia, fue aquel horrible monstruo el que se lanzó sin ningún tipo de miramiento contra Zarisash. Cuando ambos quedaron sumergidos bajo el agua entre pataleos y chapoteos, la oscuridad volvió a ensombrecer el escenario.

Érishron intentó sacar las alas del agua con la esperanza de volar y huir de aquel lugar, pero no fue capaz. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando vio una tenue luz que resplandeció bajo el agua.

—Ya viene...—susurró paralizado por el pánico.

La luz se acercó lentamente hasta rozar una de las piernas del chico con alas de mariposa. Un roce frío pero intenso. Fue entonces cuando Érishron alargó la mano con la intención de atrapar entre sus dedos aquella luz, que poco a poco fue adquiriendo una forma más definida, en concreto la de un péndulo.

Las aguas volvieron a agitarse con violencia antes de que el monstruo acuático volviese a aparecer con su cuerno luminoso. Érishron comprendió que aquella criatura no podía ser de Árbulein, se enfrentaba ante un demonio depredador. Alzó su mano dejando el colgante suspendido en el aire. El cristal del péndulo emitió un pequeño brillo antes de emitir un fulgor cegador. El demonio rugió y se surmegió buscando la más absoluta oscuridad en la profundidad del agua. Cuando la intensidad del péndulo

menguó, Érishron comprobó que el pozo no era un espacio cerrado, por ello no había sido capaz de encontrar ningún muro. Se encontraba en lo que parecía un lago bajo tierra. Era consciente de que en cuanto se apagase el péndulo volvería a enfrentarse a la oscuridad y a aquel monstruoso demonio. De modo que comenzó a nadar con fuerza sin ningún rumbo fijo, esperando encontrar una salida. Pero no fue él quien encontró la salida sino ésta a él. Cuando quiso darse cuenta se vio atrapado por una fuerte corriente que lo arrastraba a través de varios desniveles bajo tierra.

El eco de un rugido volvió a romper el aire. Érishron nadó con fuerza a favor de la corriente, desesperado al comprobar que el péndulo apenas brillaba ya. Un halo de esperanza lo embriagó cuando descubrió luz natural al final de aquel lago. Estaba cerca, muy cerca de salir de aquel lugar, cuando el péndulo se apagó. No se rindió, siguió avanzando, y entonces sus pies rozaron un suelo cubierto de frías arenas. Se irguió y corrió hacia la salida, ya casi podía ver el sol. El demonio acuático apareció entonces, dispuesto a devorar a Érishron, sus fauces no fueron capaces de atrapar al joven pero le propició un golpe seco que le hizo perder el conocimiento durante unos minutos.

El sabor metálico de la sangre devolvió a Érishron a la realidad. Sentía un dolor espantoso en la cabeza. Estaba tirado sobre el barro, lejos de la orilla del lago que unos metros más allá se ocultaba bajo la tierra. El golpe debía haber sido muy fuerte. De repente recordó que estaba siendo perseguido por un demonio. Se levantó torpemente intentando localizar a su agresor. No tardó en atisbarlo, también había salido del agua. Su instinto le pedía que huyese, que no mirase atrás, pero algo raro había en aquel ser que reposaba sobre el barrizal. Érishron lo contempló desde una distancia prudente, ¿por qué no se movía? Por primera vez observó el paisaje pantanoso en el que se encontraba: un entramado de riachuelos de aguas negras alimentaban a centenares de pequeños arbustos cuyas formas grotescas se retorcían, protegiendo con largas espinas los frutos que les brotaban. Fue entonces cuando Érishron fue consciente de dónde se encontraba. Unas gigantescas setas se alzaban hacia el cielo, rozando las mismísimas nubes. Había llegado a los Campos Oníricos y no estaba solo. Una criatura gorda y arrugada, parecida a una babosa, con una veintena de ojos saltones y una boca perfilada de enormes dientes con forma de sierra, observaba a los recién llegados.

Érishron se sentía mareado, era consciente de que el ambiente de aquel lugar estaba muy cargado, pronto caería en un profundo sueño. Desplegó sus alas rojas como el fuego e izó el vuelo dispuesto a escapar de aquel lugar. Sin embargo, el proyectil gelatinoso que salió disparado de la boca de aquel *shriper* fue mucho más rápido. Una pasta verdosa cubrió al joven en pleno vuelo. Érishron se aferró con fuerza al péndulo antes de impactar contra el suelo con violencia. El golpe sumergió de nuevo al chico de alas de mariposa en una absoluta oscuridad.

Su cuerpo quedó atrapado físicamente en una jaula de moco verde a la vez que su mente quedaba sumergida en una absoluta espiritualidad. Una paz interior lo invadió, estaba dispuesto a dejarse llevar, sería la primera vez que soñaría, y la última.